
El secuestro de Occidente

MILAN KUNDERA

Narrador, poeta y ensayista nacido en Brno (Chequia) en 1929. Tras apoyar las revueltas de la Primavera de Praga sus obras fueron prohibidas en su país. En 1975 se trasladó a Francia, donde murió en julio de 2023.

El rapto de Europa (Goya) © Wikimedia Commons



Avance

«Quiero recalcar una vez más esto: es en la frontera oriental de Occidente donde, más que en ninguna parte, se percibe a Rusia como un anti-occidente», escribe Milan Kundera en su ensayo *Un Occidente secuestrado*. Lo publicó en los ochenta, pero la guerra en Ucrania lo devuelve a la actualidad junto con una profunda reflexión sobre lo que es Europa y el espíritu europeo. De hecho, la editorial Tusquets lo ha vuelto a poner en circulación este mismo año.

Diferencia Kundera en su obra tres Europas: una de ascendencia romana, alfabeto latino y vinculada a la Igle-

sia católica; otra marcada por Bizancio, la Iglesia ortodoxa y de alfabeto cirílico; y otra que, tras la Segunda Guerra Mundial, apareció con el desplazamiento de la zona de influencia soviética al Oeste, y que incluía Polonia, Hungría y lo que entonces era Checoslovaquia. El resultado, naciones que siempre se habían considerado occidentales se despertaron un buen día y constataron que se encontraban en el Este: se sintieron secuestradas. La lucha por su existencia y su diversidad se jugaba en el corazón de Europa. Aquellas *pequeñas naciones* —Kundera ofrece su propia definición— querían ser la imagen condensada de Europa y de su variada riqueza, representar «la máxima diversidad en el mínimo espacio». Esta idea, por el contrario, horrorizaba a Rusia, que se basaba en la regla contraria: mínima diversidad en el máximo espacio.

Kundera más que valorar esas fronteras políticas «inauténticas, siempre impuestas por invasiones, conquistas y ocupaciones», defendía que lo esencial a la hora de definir al conjunto centroeuropeo eran las «grandes situaciones comunes que reúnen a los pueblos y los agrupan cada vez de manera diferente, dentro de fronteras imaginarias y siempre cambiantes, en cuyo interior subsisten la misma memoria, la misma experiencia, la misma comunidad de tradición». Para escapar de sus incertidumbres, para resistir, esas pequeñas grandes naciones —al igual que la pequeña nación por excelencia, la de los judíos— habían echado mano de la cultura. Pero había un problema: la religión, como aglutinante y sello de los valores europeos, estaba en silenciosa retirada en las naciones grandes y a la cultura le estaba pasando lo mismo. ¡Qué responsabilidad

para las pequeñas! «Del mismo modo que antaño Dios cedió su lugar a la cultura, la cultura, a su vez, cede hoy el suyo», sentencia Kundera, que cuenta una anécdota muy reveladora al respecto. Cuando marchó a Francia, algunos años después de la invasión de Praga por los tanques rusos, intentaba explicar escandalizado el ataque a la cultura que se estaba librando en su país: «¡Han liquidado todas las revistas literarias y culturales! ¡Todas, sin excepción!».

Su vehemencia contrastaba con la pasividad de sus interlocutores. Al final, entendió el porqué: «Si en Francia o en Inglaterra desaparecieran todas las revistas, nadie se daría cuenta. En París, incluso en un entorno muy culto, durante la cena se hablaba de los programas de televisión, y no de las revistas. Porque la cultura ya ha cedido su lugar. Su desaparición, que nosotros vivimos en Praga como una catástrofe, como un choque, como una tragedia, se vive en París como algo banal e insignificante, como algo apenas visible, como un no acontecimiento». Contra esa última cesión, con la última esperanza puesta en una cultura y una diversidad compartidas y defendidas, las pequeñas naciones centroeuropeas ofrecieron la resistencia de su identidad no solo nacional sino europea; dicho de otra manera, defendieron su occidentalidad. **NR**

Artículo

Q

ué es sentirse europeo? ¿Se puede *sentir* Europa? Como ocurre con las vivencias, que se perciben de forma más nítida cuando se adquiere conciencia de su próximo fin, ese sentimiento se hizo presencia explícita, grito, cuando en el otoño de 1956, ante la ofensiva rusa contra Budapest, el director de la agencia de prensa de Hungría lanzó al mundo un mensaje desesperado: «Moriremos por Hungría y por Europa». Él murió y la pregunta «¿qué es sentirse europeo?» quedó resonando en la cabeza del escritor checo Milan Kundera.

Décadas después, en 1983, escribió una respuesta posible en forma de artículo. Lo tituló *Un Occidente secuestrado* y se publicó en *Le Débat*. Tuvo una repercusión inaudita y su eco no se ha apagado del todo: en forma de libro, Tusquets lo ha vuelto a poner en circulación en 2023. ¶

LAS TRES EUROPAS Y LAS «PEQUEÑAS NACIONES»

Kundera habla de las tres Europas que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial: la Occidental, la Oriental y la situada geográficamente en el centro, «culturalmente en el Oeste y políticamente en el Este, la más complicada de las tres». La explicación es que la Europa geográfica comportaba dos Europas: una de ascendencia romana, alfabeto latino y vinculada a la Iglesia católica y otra marcada por Bizancio, la Iglesia ortodoxa y de alfabeto cirílico.

Tras 1945 «la frontera entre esas dos Europas se desplazó unos pocos cientos de kilómetros hacia el Oeste y algunas naciones que siempre se habían considerado occidentales se despertaron un buen día y constataron que se encontraban en el Este». Ese es el secuestro que el escritor lleva al título de su ensayo.

Polonia, Chequia, Hungría... Se trata de naciones históricamente exhaustas que «arrinconadas por un lado por los alemanes y por el otro por los rusos, en la lucha por su supervivencia y por su lengua consumieron demasiadas fuerzas [...]. Así, después de la Primera Guerra Mundial, Europa central se transformó en una zona de pequeños y vulnerables estados cuya debilidad permitió las primeras conquistas de Hitler y el triunfo final de Stalin». Ni siquiera Austria, capital de un imperio en otros tiempos, pudo resistir esa dicotomía existencial y fue sacudida en 1938, en los albores de la Segunda Guerra Mundial.

«¿Qué es Europa central?», se pregunta Kundera: «Es esa cierta zona de pequeñas naciones entre Rusia y Alemania». Y repregunta: «¿Que es una pequeña nación?». Su definición: «Aquella cuya existencia puede ser cuestionada en cualquier momento, aquella que puede desaparecer, y lo sabe. Un francés, un ruso o un inglés no suelen hacerse preguntas sobre la supervivencia de su nación. Sus himnos no hablan más que de grandeza y de eternidad. Ahora bien, el himno polaco empieza con este verso: “Polonia aún no ha perecido...”».

Siguiendo con las preguntas: ¿por qué son importantes? Porque todas ellas juntas, e independientemente de sus límites fronterizos, constituyen una cultura y un desti-



Milan Kundera

—
*Un Occidente
 secuestrado.
 La tragedia de
 Europa Central*

—
 Tusquets, 2023

no, serían la parte por el todo, la avanzadilla que permite leer, en su devenir, el futuro de Europa y de Occidente. Pero, vayamos despacio.

Kundera no da demasiado valor a esas fronteras políticas «inauténticas, siempre impuestas por invasiones, conquistas y ocupaciones», porque lo que define al conjunto centroeuropeo son las «grandes situaciones comunes que reúnen a los pueblos y los agrupan cada vez de manera diferente, dentro de fronteras imaginarias y siempre cambiantes, en cuyo interior subsisten la

misma memoria, la misma experiencia, la misma comunidad de tradición».

Esa vivencia que comparten las pequeñas naciones es la sensación de vivir en la cuerda floja, de no haber perecido aún —como decía el himno polaco—, pero poder hacerlo en cualquier momento. Bajo el yugo de una existencia amenazada y en entredicho, su identidad se revuelve, se reafirma, se proyecta en manifestaciones diversas de algo que les une y les libera: la cultura, o mejor, un sentido profundo, radical y vital de cultura. En efecto, Kundera pasa revista en su libro a la buena nómina de creadores y creaciones engendrados en la zona geográfica de la que trata: Schönberg y Béla Bartok, Kafka y Hasel, Broch, Musil, Gombrowicz, Schulz, Witkiewicz, Freud, Husserl, Joseph Roth, Danilo Kiš... Muchos representantes de esa gran cultura centroeuropea son judíos y marcaron con su genio, por encima de luchas nacionales, el devenir de las

artes, el pensamiento... «Los judíos han sido en el siglo XX el principal elemento cosmopolita e integrador de Europa central, su argamasa intelectual, condensación de su espíritu creador, de su unidad espiritual. Por eso los amo y me aferro a su legado con pasión y nostalgia, como si fuera mi propio legado personal [...]. ¿Que son los judíos sino una pequeña nación, *la* pequeña nación por excelencia?» En el sino judío, Kundera ve reflejarse el destino centroeuropeo, un sino unido indefectiblemente a la cultura. ¶

DESAPARICIÓN DE LA RELIGIÓN

Durante siglos la unidad de Europa se apoyó en una religión común, vertebradora, que dio paso, por sustitución, a la cultura. Esta «se convirtió en la materialización de los valores supremos con los que la humanidad europea se comprendía, se definía, se identificaba [...]. **Del mismo modo que antaño Dios cedió su lugar a la cultura, la cultura, a su vez, cede hoy el suyo**». Último baluarte de esa noción aglutinadora de cultura, **Centroeuropa se revuelve** como se revolvió el director de la agencia de noticias húngara: ahí se grita y se tiene conciencia de pérdida. ¿Qué pasa en el resto de Europa? «La desaparición del foco cultural centroeuropeo fue, ciertamente, uno de los mayores acontecimientos del siglo para toda la civilización occidental. ¿Cómo es posible que haya permanecido inadvertida e innominada? Mi respuesta es sencilla: Europa no se ha dado cuenta de la desaparición de su gran foco cultural porque ya no siente su unidad como unidad cultural».

Hay una anécdota que es reveladora al respecto. Cuando Kundera marchó a Francia, algunos años después de la

invasión de Praga por los tanques rusos, intentaba explicar escandalizado el ataque a la cultura que se estaba librando en su país: «¡Han liquidado todas las revistas literarias y culturales! ¡Todas, sin excepción!». Su vehemencia contrastaba con la pasividad de sus interlocutores. Al final, entendió el porqué: «Si en Francia o en Inglaterra desaparecieran todas las revistas, nadie se daría cuenta. En París, incluso en un entorno muy culto, durante la cena se hablaba de los programas de televisión, y no de las revistas. Porque la cultura ya ha cedido su lugar. Su desaparición, que nosotros vivimos en Praga como una catástrofe, como un choque, como una tragedia, se vive en París como algo banal e insignificante, como algo apenas visible, como un no acontecimiento». ¶

DE VUELTA A LA ACTUALIDAD

El pequeño ensayo de Kundera se ha vuelto a publicar en febrero de 2023, coincidiendo con el primer aniversario de la guerra de Rusia contra Ucrania y pocos meses antes de la muerte del escritor. Teniendo ya esas bazas para encontrar su hueco en la actualidad, lo que verdaderamente destaca es la vigencia de sus argumentos. Por ejemplo: «Quiero recalcar una vez más esto: es en la frontera oriental de Occidente donde, más que en ninguna parte, se percibe a Rusia como un anti-occidente». Y trae un documento excepcional a sus páginas, la carta que el historiador y político checo František Palacký dirigió en 1848 al Parlamento revolucionario de Fráncfort. En ella justificaba la existencia del Imperio de los Habsburgo por ser el único baluarte posible a la hora de contrarrestar la

potencia y ambición rusas. «Palacký pone en guardia contra las ambiciones imperiales de Rusia que intenta convertirse en “monarquía universal”, es decir, que aspira a la dominación mundial. La “monarquía universal de Rusia”, dice Palacký, “sería una desgracia inmensa e indecible, una desgracia sin medida y sin límites”».

Otra idea rescatable y muy valiosa del historiador checo que a Kundera le interesa señalar es la idea de Europa central como «el hogar de naciones iguales que, con respeto mutuo, al abrigo de un Estado común y fuerte, cultivarán sus diversas originalidades». Un ideal, un «sueño» en palabras de Kundera, que «no ha dejado de ser poderoso e influyente. Europa central quería ser la imagen condensada de Europa y de su variada riqueza, una pequeña Europa archieuropea, modelo miniaturizado de la Europa de naciones concebida en esta regla: la máxima diversidad en el mínimo espacio». Rusia horrorizaba a Europa puesto que se basaba en la regla contraria: mínima diversidad en el máximo espacio. ¿Cómo conjugar la pasión por la diversidad de Europa y de Europa central, más concretamente, con la pasión «uniformadora y centralizadora» de Rusia que «transformaba con temible determinación a todas las naciones de su imperio (ucranianos, bielorrusos, letones, lituanos, etc.) en un solo pueblo ruso?». No hubo conjugación posible, al menos pacífica, y sigue sin haberla, a juzgar por la invasión de Crimea y la entrada de las tropas rusas en Ucrania en febrero de 2022. Hasta ese punto toca la actualidad la obra de Kundera. Una obra que desde su misma concepción fue relevante, reveladora, e hizo caer del guindo a intelectuales como Finkelkraut que, en

la obra donde da cuenta de su itinerario personal, *En primera persona*, escribe: «¡Qué shock! Yo que, escaldado por los cataclismos del siglo XX, tenía por sospechosas todas las patrias carnales, con la excepción de Israel, caía del guindo [...]. Europa o la nación, decía yo antes de leer a Kundera. Y al leerle aprendí que Europa y la nación podían ser una y la misma causa». ●

Pilar Gómez